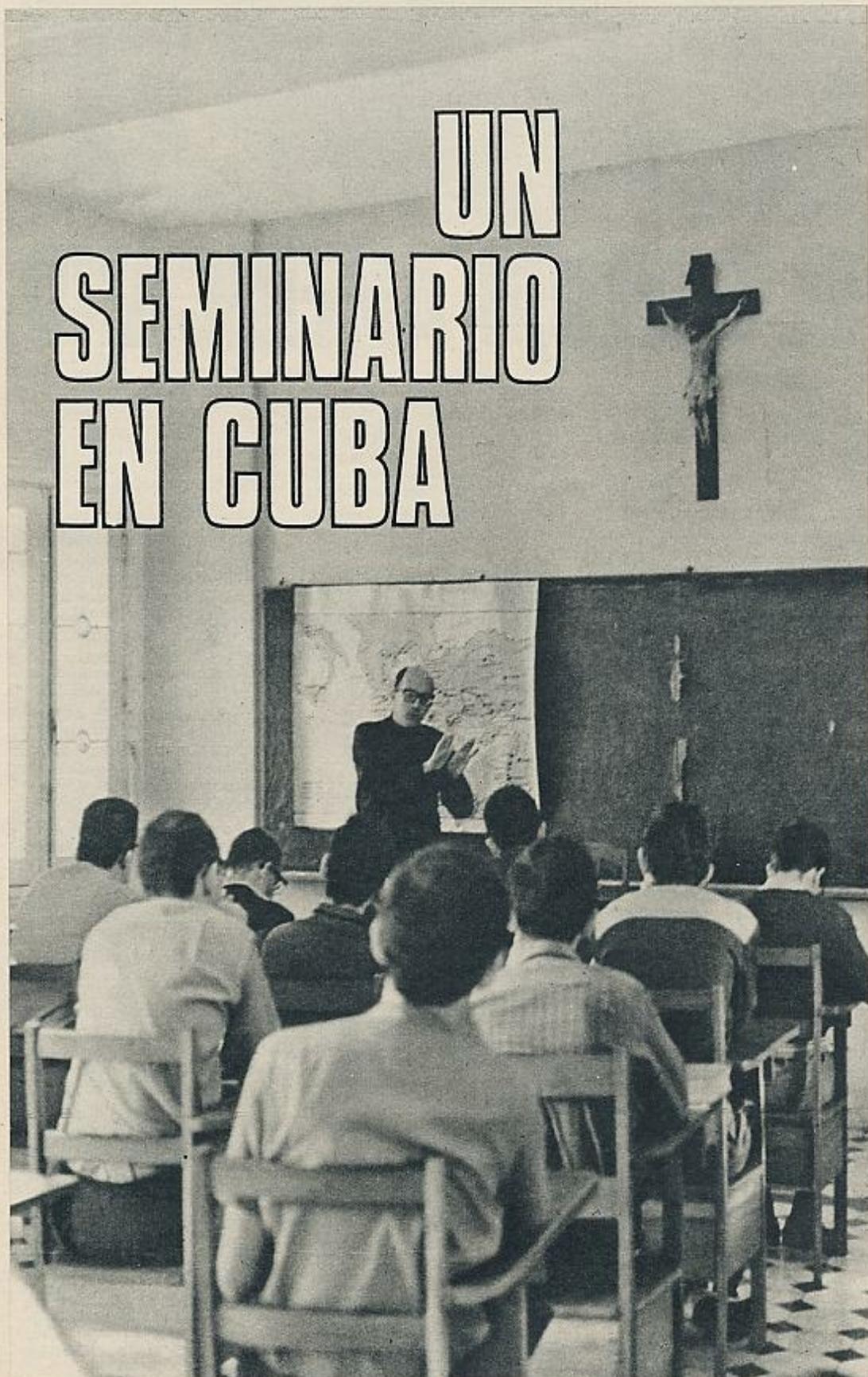


UN SEMINARIO EN CUBA



—¿Se siente usted hostigado, marginado por la revolución cubana?

—No, ni tampoco yo me pongo al margen de ella. Creo que mi presencia tiene un valor dentro de este proceso y, en la realización de mi ideal, quiero compartir los riesgos y esperanzas de mi pueblo. Eso, sin ningún tipo de privilegio —dice José Pérez Riera, veintidós años, tercer curso de Teología en el seminario de San Carlos.

Su padre es obrero del calzado, su hermano es mecánico, él fue operador de transmisores en una planta de radio. Ahora comparte un dormitorio en el tercer piso con otros dos seminaristas.

El dormitorio tiene unos treinta y seis metros cuadrados, sin contar el baño. El espacio está muy bien aprovechado. En las paredes hay un crucifijo de caoba, la reproducción de una «Madonna» de Rafael y el verde de unos paisajes cubanos. También cuelgan, junto a la puerta del baño, una camisa a cuadros escoceses, recién planchada, y una toalla amarilla. Las camas están tendidas y en una de ellas hay una guitarra. Contra el testero del fondo se alza un librero razonablemente alto, y si uno se acerca puede ver en los anaqueles lo mejor de Zola, Chejov, Stevenson, Melville, Kafka, Fitzgerald, Hemingway, Bebel, Capote —y de cuanto se edita en Cuba—, al lado de obras políticas, vidas de santos y tratados de Teología. Frente a la puerta hay un ventanal que da a un balcón de la fachada. Desde allí se distingue claramente el Castillo del Morro, los nombres de los barcos que van y vienen por la bahía y, más allá, el azul terso y resplandeciente que toma el Caribe a la salida de La Habana. La pieza es muy ventilada y está llena de alegre serenidad.

—¿Bajo qué circunstancias salieron los seminaristas del país?

—El clima entonces era bien distinto —dice el padre Carlos Manuel de Céspedes, rector de San Carlos—. Las cosas se fueron complicando cuando los sectores económicamente afectados por las medidas revolucionarias se acercaron a la Iglesia, queriendo utilizarla como banderín del anticomunismo. Yo no estaba en Cuba entonces, pero no dudo de que muchos sacerdotes hayan secundado activamente los movimientos contrarrevolu-



El padre Carlos Manuel de Céspedes, rector de San Carlos, dice: "No ignoramos las divergencias entre la concepción marxista y cristiana del hombre y del mundo, pero tampoco ignoramos los puntos de contacto y el campo enorme de posible colaboración, en un plano de respeto y solidaridad, para la construcción de la nueva Cuba".

lucionarios que crecieron, sobre todo, a partir del verano de mil novecientos sesenta y que preludivan el Playa Girón de abril del sesenta y uno.

El padre Carlos es un hombre afable. Habla un español sencillo, rápido y subrayado por gestos, como todos los cubanos. No usa sotana. Si estuviera de blanco, parecería un esgrimista dispuesto a saltar amigablemente sobre uno.

LA SALIDA DE LOS SEMINARISTAS

—Cuando ocurre el desembarco de Girón —continúa después de encender un cigarrillo—, muchos de sus dirigentes eran católicos y había algunos sacerdotes en el grupo. Los acontecimientos se precipitaron: Fidel definió la revolución como marxista y, en términos generales, yo diría que los que se mantuvieron firmes en las filas de la revolución vieron a los cristianos como enemigos acérrimos; éstos, por su parte, pensaban otro tanto de los marxistas: la revolución era comunista; por lo tanto, intrínsecamente perversa: había que combatirla o huir. La posibilidad de colaborar con ella era sólo considerada por la minoría más lúcida y ecuánime. Durante el verano de mil novecientos sesenta y uno, inmediatamente después de la nacionalización de la enseñanza, salieron de Cuba la mayor parte de los religiosos que se dedicaban a ella. Salieron también muchos otros sacerdotes. Unos, porque estaban comprometidos en acciones contrarrevolucionarias; otros, simplemente, por temor. Unos, expulsados por el gobierno revolucionario; otros, voluntariamente. En ese clima, se decidió la salida de los seminaristas hacia el extranjero, para completar su formación. Pero en mil novecientos sesenta y dos ya se reanudaron los cursos.

—¿Cuántos seminaristas hay en la actualidad?

—Sesenta y tres: dos realizan estudios preuniversitarios; nueve están en la sección de Humanidades; once, en la de Filosofía y Ciencias Sociales; veintinueve, en la de Teología, y doce cumplen el Servicio Militar Obligatorio.

—Con relación a la época pre-revolucionaria, ¿el número es alto o bajo?

—Anteriormente, el número era de ochenta a cien, pero la diferencia no debe engañarnos: una buena parte de los seminaristas eran adolescentes de preuniversitario, y el índice de perseverancia entre ellos era ínfimo. La comparación habría que hacerla entre los que estudian Teología. En mil novecientos cincuenta y ocho, cuando yo empecé estos estudios, éramos veintinueve; si a éstos añadimos cuatro que cumplen el Servicio Militar Obligatorio, tenemos una cifra más alta que la anterior. El número de profesores es más o menos el mismo.

—¿Se resuelven bien las necesidades materiales del seminario?

—Sí, se resuelven de modo suficiente por la contribución voluntaria de los fieles.

Caminamos por las galerías de San Carlos. Son claras y frescas: los jesuitas del siglo XVIII sabían hacer las cosas. Cruzamos un patio central, donde crece despreocupadamente un jardín muy verde. Desde allí, mirando hacia arriba, se ven los resultados de las obras de restauración y de las ampliaciones. Las piedras nuevas no desentonan con las auténticas, pero no tienen su nobleza. Hace doscientos años que el primer obispo cubano, Santiago José de Hechavarría, aprovechó la expulsión

Por ANTONIO BENITEZ ROJO

de los jesuitas (1767) de España y sus colonias para acondicionar el seminario en el edificio dejado por éstos. Durante el primer tercio del siglo XIX, San Carlos, abierto a estudiantes laicos, ya competía con la Universidad: era considerado por la juventud de la época como un centro más abierto a las nuevas corrientes del pensamiento. Hombres de la talla de Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Antonio Saso y Alejandro Ramírez estuvieron vinculados a San Carlos. La muerte del obispo Espada (1832), impulsor de este florecimiento, coincidió con el inicio de un proceso de decadencia: la tensión creciente entre cubanos y españoles y la asociación de las autoridades eclesiásticas con las colonias influyeron decisivamente en el alejamiento de estudiantes y profesores de las aulas de San Carlos. Lo mejor de la juventud cubana se orientaba ya hacia el quehacer político y, más tarde, hacia la lucha armada.

—En mil novecientos cuarenta y cinco —dice el padre Carlos, mientras subimos en un ascensor a ver los ensayos de la nueva música litúrgica—, el seminario fue trasladado a un edificio construido al efecto en las cercanías de Arroyo Arenas. Se le cambió el nombre por el de El Buen Pastor. Allí funcionó hasta mil novecientos sesenta y seis, fecha en que nos trasladamos para la antigua sede, es decir, para aquí. También se adoptó de nuevo el antiguo nombre: seminario de San Carlos y San Ambrosio, aunque todo el mundo lo conoce por San Carlos.

—¿A qué se debió el cambio de local?

—El gobierno solicitó la expropiación del edificio y los terrenos debido a necesidades oficiales.

—¿Hubo algún tipo de compensación?

—Sí, la restauración de este edificio y considerables obras de ampliación que en él se llevaron a cabo.

En el salón de actos hay un grupo de jóvenes que visten ropas deportivas. Sentados en sillas de tijera dispuestas en herradura, afinan media docena de guitarras. Otros, de pie, sostienen claves y maracas. En el centro, la tumbadora: un instrumento de percusión que tuvo sus orígenes en África. Empieza

el ensayo. Lo primero tiene el título de **Santo**. Cantado en español, bajo el ritmo apremiante de la rumba y el yugancó, resulta el plato fuerte del repertorio. Es la nueva música litúrgica para los fieles católicos cubanos. Uno de tantos cambios que el reciente Concilio deslizó en el añejo seno de la Iglesia. El ensayo continúa en un dormitorio, para tomar fotos más naturales. En seguida hay una ronda de café y los entusiastas intérpretes asaltan ahora canciones tradicionales, barajadas con «hits» del momento. Son seminaristas de la nueva ola.

DESPUES DEL CONCILIO

—¿Qué cambios sustanciales ha introducido el Concilio en las normas del seminario?

—Hasta mil novecientos sesenta y cinco nos regimos por las normas emanadas del Concilio de Trento (mil quinientos cuarenta y cinco mil quinientos sesenta y tres). Con relación a las modificaciones conciliares, diría que están en la línea de lograr mayor madurez humana y cristiana en los candidatos al sacerdocio, condiciones que les permitan una inserción mejor en el medio ambiente concreto en el que han de ejercitar su ministerio. Por ejemplo, una medida fundamental ha sido la de no realizar en el seminario los estudios preuniversitarios. Cuando excepcionalmente se admite algún candidato que no cumpla este requisito, debe acudir a un centro oficial a realizar los estudios. Otras medidas en la misma línea son la incorporación más efectiva de los seminaristas a tareas apostólicas en las parroquias, una mayor participación en la dirección del seminario, una apertura a nuestro medio ambiente cultural, etcétera.

—Usted habla de «una apertura a nuestro medio ambiente cultural» y, en ese sentido, los cambios en la música e idioma litúrgicos son ejemplos convincentes. ¿Extendería usted la amplitud de la apertura lo suficiente para abarcar el hecho político?

—Sí. A partir de la expulsión de septiembre de mil novecientos sesenta y uno, la situación eclesial fue serenándose progresivamente. Comenzaba entonces una nueva etapa para la Iglesia: la de reflexión y aná...

UN SEMINARIO EN CUBA

lisis de una situación de hecho en la que debía desenvolver su tarea, la evangelización en un contexto revolucionario marxista, inédito para la Iglesia de Latinoamérica. A partir de mil novecientos sesenta y dos llegan al país algunas docenas de sacerdotes cubanos y extranjeros. Anteriormente llegan monseñor Zacchi, actual representante del Vaticano, y monseñor Odi: ambos, a través de sus juicios objetivos, propiciaron esta coyuntura de análisis y reflexión. Entre mil novecientos sesenta y dos y mil novecientos sesenta y cinco se celebró el Concilio Eumérico Segundo. La Iglesia salió de él con una comprensión más clara de las exigencias de la evangelización en los distintos contextos socio-económicos y políticos. Las encíclicas «Pacem in Terris» y «Populorum Progressio», la creación de la pontificia Comisión Justicia y Paz, la visita de Pablo VI a la ONU, la OIT y África; la reanudación de contactos entre la Santa Sede y los gobiernos socialistas de Europa y la evolución del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) son resultados de los cambios que se están operando dentro de la Iglesia. Toda esta realidad ha influido en la situación eclesial cubana, que mira ahora nuestro proceso revolucionario con pupila diversa. No ignoramos las divergencias entre la concepción marxista y la cristiana del hombre y del mundo, pero tampoco

ignoramos los puntos de contactos y el campo enorme de posible colaboración, en un plano de respeto y solidaridad, para la construcción de la nueva Cuba. Por otra parte, tenemos la impresión de que desde el seno del marxismo cubano se mira también a la Iglesia con ojos que no son los de mil novecientos sesenta y uno.

—¿Podría comentar los comunicados del episcopado, leídos recientemente?

—Ambos fueron leídos en todos los templos católicos del país; uno en abril y otro en noviembre. En el primero se invitaba a los católicos a participar lealmente en la empresa del desarrollo de nuestro país y se condenaba el bloqueo económico que padecemos como factor entorpecedor de este desarrollo que la Iglesia también desea. El segundo pide a los cristianos, entre otras cosas, una actitud de respeto sincero ante la opción en pro del ateísmo, una acogida serena de los elementos sanos de la crítica a la religión, que pueden operar como purificadores de la fe; una superación progresiva de todas las deformaciones alienantes de la vida religiosa y una visión positiva de las condiciones concretas en las que se desenvuelve nuestra existencia. Entiendo que de ambos comunicados se desprende que la Iglesia cubana no quiere ser un «ghetto» y, mucho menos, ser partidista. Todo lo contrario: mira con confianza hacia

adelante, mientras pone todo lo que está de su parte para recrear la confianza perdida.

UNA NUEVA ETAPA

—De acuerdo con esta apertura, ¿en qué medida se refleja la acción de la revolución en la formación de los seminaristas?

—Estamos en el inicio de una nueva etapa y es difícil precisar la respuesta. De momento, yo diría que la oportunidad de formarse dentro de un medio revolucionario les da una profunda experiencia en materia social y económica. Por ejemplo, está el caso de un seminarista que cumple el Servicio Militar Obligatorio (SMO): en el último festival de aficionados de las Fuerzas Armadas Revolucionarias figuró en el elenco de una obra teatral sobre «Che» Guevara. También participan voluntariamente en los trabajos agrícolas que se llevan a cabo en el cordón de La Habana. Tampoco se puede olvidar que los seminaristas cursan los estudios preuniversitarios en centros oficiales y que pasan los tres años del Servicio Militar Obligatorio en igualdad de condiciones que los demás jóvenes cubanos.

Dejamos atrás los ecos sincopados de la música litúrgica y cogemos por una escalera, donde, al atravesar un zaguán, se puede ver el cuadro del obispo Espada que aparece en la Historia de Cuba. Llegamos a la galería de la planta baja y nos sen-

tamos frente al follaje y los mármoles del gran patio central. A nuestras espaldas queda la portería. Mientras habla pienso que es un hombre de carrera. La familia de Céspedes se estableció en Cuba a los inicios del siglo XVI, y uno de sus miembros, Carlos Manuel de Céspedes, honrado con el nombre de Padre de la Patria. Entre los ascendientes del padre Carlos figuran varios dirigentes de las luchas independentistas, dos presidentes de la República, alcaldes, ministros y conocidos escritores, pintores y músicos. Me ha dicho que concluyó sus estudios en la Universidad Gregoriana de Roma y que ha pasado cursos en Francia, Bélgica, Alemania y Austria. También me ha dicho que sólo tiene treinta y tres años.

Aguardamos la hora del almuerzo (que sería judías, huevos fritos, arroz, pan y naranjas). El día es caluroso a pesar de la fecha y es una suerte estar sentados al fresco en el cómodo sofá de la galería. Sobre el cristal de la mesa hay un cenicero inexplicable que empuja a consumir «Johnnie Walker». Se lee: **Born in 1820 and still going strong.** Pienso que el seminarista nació en 1769. Pienso también que, refiriéndose al propósito del Concilio, Juan XXIII arriesgó una imagen literaria: «Abrir las ventanas para que entre el aire fresco». No hay duda que en San Carlos el aire fresco ha entrado. ■ (Prensa Latina)



El seminario de San Carlos, en La Habana, ocupa un antiguo edificio del siglo XVIII, construido por los jesuitas. Cuando éstos fueron expulsados de España y sus colonias en el reinado de Carlos III (1767), el primer obispo cubano, Santiago José de Hechavarría, acondicionó el lugar para escuela de futuros sacerdotes. Hoy el seminario funciona con las aportaciones voluntarias de los católicos cubanos.

Los alumnos del seminario, sesenta y tres en la actualidad, han formado conjuntos de música. Los aires del Concilio han producido una renovación en la música litúrgica, que ahora aprovecha los tradicionales instrumentos de la música cubana...

